



Rafael Gómez Miranda

HABLA LA CARNE



EN
CUEN
TRO

100XUNO

Habla la carne



100XUNO

Rafael Gómez Miranda

Habla la carne

Prólogo de Nicolas Steeves, SJ



© El autor y Ediciones Encuentro S.A., Madrid 2026
Prólogo de Nicolas Steeves, SJ

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Colección Nuevo Ensayo, nº 157

Fotocomposición: Encuentro-Madrid

Impresión: Cofás-Madrid

ISBN: 978-84-1339-272-1

Depósito Legal: M-5925-2026

Printed in Spain

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa
y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro

Conde de Aranda 20, bajo B - 28001 Madrid - Tel. 915322607

www.edicionesencuentro.com - info@edicionesencuentro.com

ÍNDICE

PRÓLOGO.....	7
UNA CUESTIÓN PRELIMINAR.....	15
INTRODUCCIÓN.....	25
EN EL PRINCIPIO LA CARNE	39
La carne revela	44
La carne habita.....	55
Carne destinada a la resurrección.....	65
CONOCER LA CARNE	70
El modo habitual de pensar-mirar	74
El modo virginal de pensar-mirar	77
Una experiencia sin objeto	79
Una nueva epistemología	83
LA CARNE ACONTECE	88
La indigencia del acontecer de la carne.....	93
El excedente carnal.....	96
EN CARNE VIVA.....	100
La vida de la carne	107
Carne para la Vida.....	113

DECIR LA CARNE.....	118
El lenguaje de la carne.....	122
Testigo de la Vida	130
EPÍLOGO.....	134
Creo en la resurrección de la carne	138
Nacer de nuevo.....	141
Nacer con.....	143
BIBLIOGRAFÍA	146

PRÓLOGO

Diciembre de 1995: en menos de dos semanas, dos experiencias espirituales me hicieron comprender, a mis 22 años, la importancia de la carne y de la Encarnación para nuestra fe católica y, posteriormente, para mi vida personal.

En Roma, cerca de la festividad de Santa Lucía, visité la llamada cárcel «Mamertina», en las afueras del Foro romano, donde, según cuenta la leyenda, los apóstoles Pedro y Pablo habrían sido encarcelados antes de sus respectivas ejecuciones: uno en la colina del Vaticano y el otro a lo largo de la Vía Laurentina. Había crecido en una familia católica practicante y asistía a la misa dominical semanalmente (aunque la asistencia se había vuelto más irregular durante mis años en la escuela de negocios), pero nunca había pensado realmente en los apóstoles como *hombres de carne y hueso*. Y aquí estaba yo, *en mi carne*, de pie en un lugar donde ambos podrían haber estado unos diecinueve siglos antes. De repente, inesperadamente, me abrumó la comprensión de que estos dos hombres no eran solo

leyenda: por muy cierto o no que fuese lo que se decía sobre la cárcel Mamertina, dos hombres llamados Pedro y Pablo habían caminado sobre esta misma tierra, respirado el mismo aire que yo y contemplado los mismos cielos despejados de diciembre de Roma. *Y si ellos habían caminado sobre la tierra en carne humana, también lo había hecho un tal Jesús de Nazaret.* Aquel húmedo y anodino agujero subterráneo donde, según se decía, habían estado cautivos me había llevado al corazón de nuestra fe en Cristo: el Verbo eterno hecho carne.

Menos de dos semanas después, de vuelta en París, donde vivía en ese momento —una capital aún conmocionada por las huelgas masivas que habían paralizado el país durante meses ese otoño—, me encontraba en la catedral de Notre Dame para cantar en la Misa del Gallo. No era un gran cantante, pero los coros siempre buscaban bajos, y el coro amateur *Maurice de Sully* me había contratado tras una breve audición. Y allí estaba yo, pasando la noche en la imponente y tenue obra maestra gótica, para cantar primero las Vigilias de Navidad y luego, tras el toque de medianoche de Emmanuel, la gran campana de trece toneladas, la primera de las tres misas de Navidad. Tras la inspiradora y casi íntima homilía del cardenal Jean-Marie Lustiger, comenzamos a cantar la conocida versión gregoriana del Símbolo de Nicea, el llamado *Credo III*. El coro alternó el canto llano con una congregación entusiasta hasta llegar a las palabras «*descendit de caelis*». De repente, el coro irrumpió en la versión solemne y contemplativa

del *Et incarnatus est* a cuatro voces de la *Missa super Pylons l'orge*, de Orlando di Lasso, mientras el cardenal arzobispo anciano y los canónigos mayores del capítulo se arrodillaban alrededor del altar en honor a la Encarnación del Verbo. En la parroquia rural donde crecí, a veces habíamos cantado el credo en canto llano, pero nunca había escuchado esta polifonía ni visto a nadie arrodillarse para alguna parte del credo. Así pues, poco después de la experiencia romana, la nueva vivencia parisina reforzó mi recién descubierta comprensión de que *la Encarnación del Verbo eterno en nuestra frágil carne humana era un misterio insondable, pero sumamente consolador*.

Por lo tanto, con gran alegría y profunda estima escribo ahora estas breves líneas como prólogo al nuevo libro de Rafael Gómez Miranda, *Habla la carne*. En ambas experiencias descritas, *la carne me habló*. Me habló en el plano religioso —a mi fe católica— pero también a mi humanidad, de un modo inolvidable al entrar en la edad adulta y en la hombría. Incluso a través de la mediación de antiguas piedras o de la música coral antigua, incluso a través de la mediación de nuestra propia carne al arrodillarnos sobre las losas de la imponente catedral en una fría noche de invierno, la carne de los apóstoles y de Jesús me habló. Fue una revelación que invitó a la respuesta libre y confiada de mi propia carne y de mi alma de una manera que un concepto frío o una gélida conclusión lógica jamás podrían haber ofrecido. *Y porque la carne me habló, yo a mi vez ahora era capaz de hablar a otros de la carne*.

La modernidad, en ocasiones, se ha burlado de manera simplista de la complejidad del pensamiento católico sobre la carne. Demasiado sensual, demasiado moralizante, demasiado dualista, demasiado primitivo, demasiado impúdico, demasiado hipócrita, insuficientemente científico...: tales críticas —a menudo contradictorias entre sí—, se nos han dirigido. Espero, por ello, que la posmodernidad nos ofrezca una plataforma más amplia y comprensiva para el diálogo sobre la realidad de la carne humana.

En este sentido, la admirable iniciativa de Rafael Gómez Miranda en este volumen es un ejemplo brillante de cómo pensar y escribir para nuestros días «sin barandillas... y en plena libertad» sobre el tema maravillosamente abrumador de nuestra carne humana. Nuestro autor ha metabolizado notablemente a sus interlocutores, hasta el punto de que su fidelidad creadora brilla con suavidad mientras navega entre la filosofía y la teología, la Escritura, la Tradición y el Magisterio, la revelación y la fe, la literatura y muchas otras formas de arte. *La «carne de palabras» de este libro se anima como homenaje y revelación de la carne humana asumida para nuestra salvación por nuestro bendito Señor.*

Forma y contenido se complementan en estas densas páginas: *nuestra carne, en su exceso, no requiere un tratamiento sistemático, sino percepciones, vislumbres y fragmentos de conversaciones.* Jesucristo nos ha revelado que nuestra carne es inaccesible y, sin embargo, cognoscible: algo que el lenguaje humano intenta describir torpemente; un acontecimiento inscrito en la historia humana,

pero también una realidad siempre viva —hasta que Dios resucite nuestra carne, cuando Jesús mismo se manifestará en la inagotable poesía de la Parusía—. Mientras escribo estas líneas, la santa Madre Iglesia está iniciando un nuevo año litúrgico con el tiempo inaugural del Adviento, situado entre la primera venida del Verbo eterno en la carne y su regreso glorioso en el último día para resucitarnos en la plenitud de nuestra humanidad.

Al igual que las obras anteriores de Rafael Gómez Miranda, este libro se puede realmente «sentir y gustar internamente» si el lector adopta una actitud contemplativa —¡y esto no es para desagradar a un pobre discípulo de san Ignacio de Loyola!—. Así, nos adentramos en el misterio paradójico de nuestra carne redimida, profundamente agradecidos al autor por su guía sapiencial.

P. Nicolas Steeves, SJ
Pontificia Universitas Gregoriana, Roma
El 30 de noviembre de 2025,
Primer domingo de Adviento

«Amigo personal del Infinito;
eres polvo, pero eres mar».

Luigi Giussani, *Cartas de fe y de amistad*

UNA CUESTIÓN PRELIMINAR

«Ojalá se te acabe la mirada constante,
la palabra precisa, la sonrisa perfecta».

Silvio Rodríguez, *Ojalá*

Existen realidades cuya densidad desborda los límites de las formas en las que estamos acostumbrados a representar las cosas del mundo. Realidades que manifiestan más de lo que la mera razón es capaz de captar, de plasmar y, por tanto, de decir. Realidades excesivas, desbordantes, sobreabundantes.

Si se quiere decir algo de esas realidades excesivas es necesario salirse de las formas habituales en las que estamos acostumbrados a pensar. Es necesario eliminar barreras de seguridad, líneas de demarcación y analíticas establecidas. Si se quiere decir algo de ese tipo de realidades, es necesario pensar de un modo distinto.

En una entrevista que mantuvo Hannah Arendt en noviembre de 1972 con algunos intelectuales en Nueva York, afirmaba la filósofa:

Usted habló de «pensar sin fundamento»; yo tengo una metáfora que no es tan dura, que nunca he hecho pública ya que me la he guardado para mí misma. Yo lo llamo «pensar sin barandilla». En alemán, *Denken ohne Geländen*. Esto es, mientras usted sube y baja las escaleras siempre se apoya en la barandilla para no caer...¹.

¹ H. ARENDT, «Arendt sobre Arendt», en: ID., *De la historia a la acción*, Paidós, Barcelona 1995, 139-171, aquí 169-170.

En efecto, si se quiere decir algo sobre las realidades desbordantes es necesario pensar de un modo distinto al establecido. *Sin barandillas*. Quizá, si se quiere decir algo que desborde sea necesario *crear*, es decir, hacer nuevas composiciones con elementos prestados de la realidad sobreabundante. Para ello es necesario abandonar la mirada soberana, la mirada apropiadora y segura de sí misma. Es necesario dejar de fijar la mirada en lo que se ve a primera vista y dejarse llevar por lo que no se ve, pues «lo que se ve es transitorio; lo que no se ve es eterno» (2Cor 4,18).

A principios del siglo XX el cubismo desafió las normas artísticas tradicionales. Georges Braque y Pablo Picasso emplearon formas geométricas para representar personas y objetos desde perspectivas imposibles, rompiendo —*sin barandillas*— con el realismo lineal. Nuevas formas, nuevas imágenes. Una nueva manera de trabajar las líneas, los colores. Decidieron salirse de los límites establecidos por la academia y hacer algo con aquellas realidades excesivas que se escapan a la percepción humana. Querían meter en un lienzo la totalidad de una realidad: lo ancho, lo alto, lo profundo, lo que fue, lo que es, lo que será. Fragmentaron las imágenes y las pusieron dentro de planos que se entrecortan y se solapan entre sí, creando de este modo nuevas geometrías que comunican lo incommunicable de la realidad. Lenguaje ambiguo, inexacto, confuso. Frecuentemente incomprensible y extraño para los espectadores.

Con algunos genios como Braque y Picasso la humanidad ha aprendido que para ver un cuadro se

requiere no sólo de un pintor que lo haya pintado, sino también, y sobre todo, de un espectador que, más allá de una actitud teórica previa, contemple el cuadro sin detenerse en lo que ofrece a primera vista. «Requiere la decisión —escribe Jean-Luc Marion— de querer ver más allá de lo visible subsistente»². Y es que «el cuadro no es un ente, ni tampoco pertenece a los objetos subsistentes ni usuales. No es y, no obstante, aparece en mayor medida»³.

«El arte de hoy —escribe Apollinaire sobre el cubismo— reviste a sus creaciones de una apariencia grandiosa, monumental, que sobrepasa en ese sentido todo lo concebido antes por los artistas de nuestra era»⁴. «Esos ojos están atentos como flores que quisieran contemplar siempre el sol. ¡Oh gozo fecundo! Hay hombres que ven con esos ojos»⁵.

Ciertamente, siempre cabe la tentación —tan moderna, tan ilustrada y tan nuestra— de confundir comprender con clasificar y estructurar. De esta forma, vemos un cuadro enumerando sus elementos: jarrón, manzana, perro, mujer, rojo, blanco, azul, luz, mar, nubes. Y si no podemos enumerar o clasificar los elementos con sus vínculos y relaciones, resulta extraño y confuso, resulta incomprensible. A veces, incluso nos repugna, pues nos

² J.-L. MARION, *Siendo dado. Ensayo para una fenomenología de la donación*, Síntesis, Madrid 2008, 91.

³ IBID., 99.

⁴ G. APOLLINAIRE, *Meditaciones estéticas*, Visor, Madrid 1994, 33.

⁵ IBID., 37.

invita a salir de la comodidad de ver y comprender todo desde las categorías que ya poseemos y con las que estamos acostumbrados a mirar y a pensar el mundo.

A este modo de ver y de comprender tan moderno, tan ilustrado y tan nuestro, Heidegger lo denominó «*sigética*»: «título para quienes piensan aún en ‘disciplinas’ y creen tener un saber cuando lo dicho está clasificado»⁶.

Pues bien, el tema del que se ocupa este libro, *la carne*, es una de esas realidades excesivas, desbordantes, sobrea-bundantes a las que nos hemos referido. Es una de esas realidades cuya densidad desborda los límites de nuestro modo habitual de representar las cosas. La carne es una realidad que manifiesta más de lo que la mera razón es capaz de captar, de plasmar y de decir. Realidad excesiva, *saturada*, dirá Marion.

Por todo esto, por pretender decir algo sobre la carne, este libro puede resultar, si se acepta, un poco cubista. Y es que, en efecto, se podrá decir que en ocasiones está escrito con un lenguaje ambiguo, inexacto y confuso —poco filosófico para algunos—. Podrá decirse que en ocasiones se compone de perspectivas imposibles y contradictorias —poco teológico para otros—. Cierto, así puede parecer. Por ello, olvídense el lector, por un momento, de la coherencia interna, del discurso lineal y de lo lógico. Olvídense de la *sigética*.

⁶ M. HEIDEGGER, *Aportes a la filosofía. Acerca del evento*, Biblos, Buenos Aires 2006², 78.

Tampoco se espere el lector de estas páginas lo que de hecho no pueden dar. No se espere lo cosificado, lo alcanzable, lo medible. Lo claro y distinto. Espérese, más bien, unas palabras pobres, incapaces y limitadas. Y es que nos movemos en un terreno sagrado y, en cuanto tal, siempre indisponible, siempre aconteciendo, y siempre, por tanto, desbordando la esfera del significado lingüístico.

Para crear este libro seguimos, entre otros, a pensadores de la talla de Jean-Luc Marion, Michel Henry, Martin Heidegger o Hans Urs von Balthasar. Pero lo hacemos con libertad. Con total libertad. Es decir, lo hacemos *sin* Marion, *sin* Henri, *sin* Heidegger y *sin* Balthasar. Y lo hacemos así porque estamos convencidos de que un texto —como una escultura o un cuadro—, una vez que ha sido creado, ya no es propiedad de su autor.

Por último, hay que señalar que la estructura de este libro —en su inexactitud— tiende a ser circular. Se trata de algo así como de círculos concéntricos que van desarrollándose poco a poco en espiral, con idas y venidas, con ideas inacabadas por inacabables y con repeticiones y reiteraciones que van procurando decir algo de aquello que, hay que decirlo, no es posible decir nada.

Hay algo en el mundo que resiste al mundo, y que no se encuentra en las iglesias ni en las culturas ni en la idea que los hombres tienen de sí mismos, en la creencia mortífera que tienen de sí mismos como seres serios, adultos, razonables, y esta cosa no es una cosa sino Dios, y Dios no puede ser contenido en nada sin trastornarlo inmediatamente, sin

ponerlo en crisis, y el Dios inmenso no puede ser contenido más que en las canciones infantiles, en la sangre perdida de los pobres o en la voz de los sencillos y todos aquellos que contienen a Dios en sus manos abiertas, un gorrión que come pan empapado por la lluvia, un gorrión helado, chillón, un Dios que pía y viene a comer en sus manos desnudas⁷.

⁷ C. BOBIN, *El Bajísimo*, El Gallo de Oro, Bilbao 2016, 105.

INTRODUCCIÓN

«En el principio existía el Verbo, y el Verbo
estaba junto a Dios, y el Verbo era Dios.
Él estaba en el principio junto a Dios.
Por medio de él se hizo todo, y sin él no
se hizo nada de cuanto se ha hecho. En
él estaba la vida, y la vida era la luz de los
hombres. [...] Y el Verbo se hizo carne y
habitó entre nosotros, y hemos contemplado
su gloria: gloria como del Unigénito del
Padre, lleno de gracia y de verdad».

Jn 1,1-14

No se puede negar —salvo corriendo el riesgo de tergiversaciones— que la esencia, el corazón, lo más propio del cristianismo es el hecho de la encarnación, es decir, que *Dios se ha hecho carne*, que el Eterno ha entrado en el tiempo, que el Infinito se ha hecho finito, que lo imposible se ha hecho posible.

El Verbo se ha hecho carne. Esta es la sustancia histórica de la experiencia cristiana y, por tanto, el fundamento último de todo pensar teológico. Y es que, si Jesucristo es verdaderamente el Verbo divino que se ha revelado de manera definitiva y plena a los hombres¹, no puede darse ninguna experiencia cristiana ni ninguna teología cuyo núcleo no sea la verdad cristológica y cristocéntrica: «vivo, pero no soy yo el que vive, es Cristo que vive en mí» (Gal 2,20).

Desde aquel anuncio inverosímil pero siempre esperado, el gran interrogante de la humanidad, la gran cuestión, la

¹ «Después que Dios habló muchas veces y de muchas maneras por los Profetas, ‘últimamente, en estos días, nos habló por su Hijo’. Pues envió a su Hijo, es decir, al Verbo eterno, que ilumina a todos los hombres, para que viviera entre ellos y les manifestara los secretos de Dios. [...] La economía cristiana, por tanto, como alianza nueva y definitiva, nunca cesará, y no hay que esperar ya ninguna revelación pública antes de la gloriosa manifestación de nuestro Señor Jesucristo (cf. 1Tim 6,14; Tit 2,13)». Constitución *Dei Verbum*, 4.

cuestión absoluta, podemos decir, es si Jesús de Nazaret, el hijo de María, es Dios o no lo es. Es decir, *Cristo sí o Cristo no*. Como escribe Jacques Lacan —por traer aquí a un pensador que no levante ningún tipo de sospecha teológica—,

Yo estoy a favor de San Juan y de su «Al principio era el Verbo», pero es un principio enigmático. Significa lo siguiente: para este ser carnal, este personaje repugnante que es un hombre medio, el drama sólo comienza cuando el Verbo está en el asunto, cuando este se encarna, como dice la religión, la verdadera².

Hasta aquel momento, en efecto, ese *personaje repugnante* —el hombre medio, el normal— vivía sólo de un deseo, de un deseo imposible, de un deseo tan inverosímil como infantil. Hasta aquel momento los límites estaban claros, definidos, separados: una cosa era Dios y otra diferente el hombre; una cosa era la eternidad y otra el tiempo; una cosa era lo infinito y otra lo limitado. Un abismo entre el deseo y la realidad. Un abismo insalvable. Hasta aquel momento, como dice Lacan, *no existía el drama* porque no había posibilidad: hasta aquel momento era imposible vivir lo eterno en el tiempo, la plenitud en el límite, lo divino en lo humano.

Para ser más exactos, hay que decir que sí que podía existir un cierto cumplimiento de ese inverosímil deseo, pero que se trataba de una posibilidad de índole siempre

² J. LACAN, *El triunfo de la religión*, Paidós, Buenos Aires 2005, 89.

Habla la carne

En un mundo donde las realidades se fragmentan y se reducen a meros conceptos, Rafael Gómez Miranda nos ofrece una exploración audaz sobre la esencia de la carne como testigo privilegiado del misterio divino. *Habla la carne* nos invita a pensar sin barandillas, desafiándonos a mirar más allá de lo visible y a contemplar lo que de por sí es indisponible.

El autor nos lleva a reflexionar sobre la Encarnación como el momento en que lo eterno se hace accesible a lo humano. La carne se manifiesta entonces como un lugar sagrado, donde lo divino se encuentra con lo mortal. Cada página nos llama a reconocer la belleza y el dolor de nuestra existencia, a experimentar la Vida en la vida.

En diálogo con pensadores como Jean-Luc Marion, Michel Henry y Martin Heidegger, esta obra nos introduce en una meditación profunda sobre el valor de lo que significa ser carne en un mundo que anhela lo eterno. Al final, el lector se encuentra con una invitación a renacer de la fe y a abrazar la fragilidad carnal como camino hacia la salvación.

Depósito Legal: M-5925-2026



ISBN: 978-84-1339-272-1



9 788413 392721